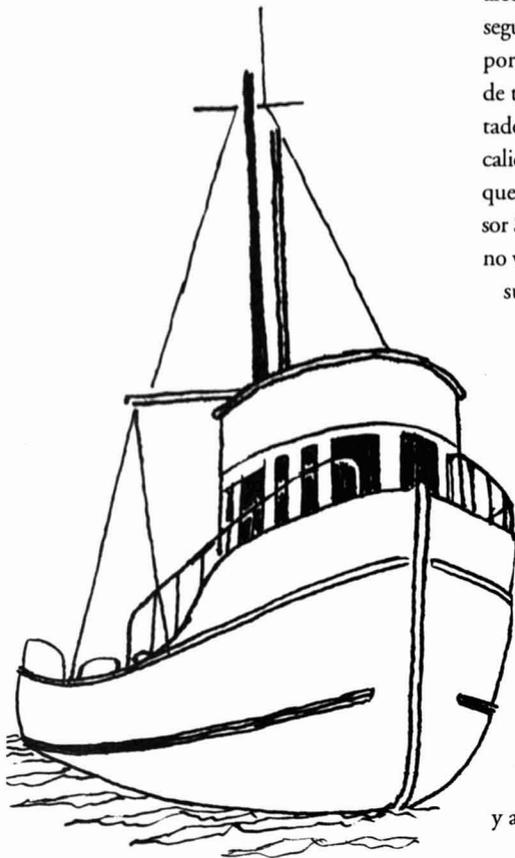


Nueva lectura de documentos coloniales

SERGIO LÓPEZ MENA

Escribe Sergio Fernández en un ensayo en que se analiza a sí mismo al terminar de escribir *Los peces* que “el arte, para bien y para mal de quien lo hace, es en cierto sentido novedad que no deja de serlo por más que el tiempo pase”. Es esta idea, la del carácter de novedad, la que me ha rondado en la cabeza al tener en mis manos el libro *En religiosos incendios*, transcripción de la *Vida* de sor Sebastiana de las Vírgenes, con estudio, notas y bibliografía de Beatriz Espejo. Novedad feliz, porque el hacinamien-



to de sucesos personales que contiene la *Vida* de esta monja acaso pudiera no parecer, en sí mismo, interesante, pero la perspectiva creadora de Beatriz Espejo nos lo da en una dimensión que inquieta, es decir, que estimula al conocimiento. Y es que es ésa la

función del trabajo artístico: dar vida, infundir sentido al polvo.

Si bien es apreciable en este libro el despliegue de erudición, lo que a mí me atrae es el tratamiento que efectúa Beatriz Espejo al acercarse a una personalidad lejana en el tiempo y en los sucesos. Porque, digámoslo en pocas palabras, la Colonia es desierto sin Sor Juana y algunos otros nombres, y en la barca del escepticismo del siglo XX navegamos sin Dios y sin santa María.

Novedad: la devoción es una cara del afecto, y de éste sabe Beatriz Espejo, atraída seguramente, entre días e insomnios trágicos, por pensamientos en torno a un hombre de treinta y tres años, sangrante y atormentado y de amorosa piedad. Esa devoción da calidez —a veces fresco candor— al estudio que precede la transcripción de la *Vida* de sor Sabastiana. La devoción de Beatriz Espejo no va por el camino de la mojigatería, ni está su inteligencia erosionada por desvelos canónicos. La espontaneidad y la sinceridad son virtudes suyas, entre otras, muy notables. Al enfrentarse a un texto como la *Vida* de sor Sebastiana, texto difícil, hasta ingrato para el escéptico, no podía irse por las veredas del arrobamiento.

La novedad del texto de Beatriz Espejo se manifiesta aun en el hecho de que algunas de sus afirmaciones pueden provocar controversia. Por fortuna, ya no estamos, en el área del trabajo académico, bajo parámetros excluyentes y descalificadores, sino en la vía del respeto al otro, a la lectura y a la interpretación diferentes.

Por lo que a mí respecta, me he visto tentado a no encontrar carácter de excepción —gracia divina— en el relato de sor Sebastiana, coincidiendo, así, con una idea de Beatriz Espejo, quien escribe:

Para los lectores modernos, lo más interesante del manuscrito que dejó sor Sebas-

tiana no radica en su excepcionalidad, sino en sus cualidades ejemplares. Presenta las características de todas las *Vidas* de monjas. Sintetiza una evolución similar, cuenta milagros parecidos, resume una forma de entender el catolicismo con ideas que se difundían por medio de la liturgia, las ceremonias y las prácticas doctrinarias, y que han quedado en cartillas de confesores, sermones, panegíricos y oraciones fúnebres que los fieles escuchaban reverentes y conmovidos. (pp. 31-32.)

Pero esa idea de Beatriz Espejo, que podría ser una idea central de su estudio, se encuentra enderezada hacia la percepción de que en este caso se trata, en efecto, de una mística. Escribe que sor Sebastiana

al igual que muchas monjas y beatas, seguía un proceso. Experimentaba simultáneamente las etapas purgativa e iluminativa del misticismo y lo pagaba con extraños padecimientos (p.65).

Quizás mi planteamiento se apoye en la miopía de ver a San Juan de la Cruz como el paradigma del misticismo, y en no tomar en cuenta las muy variadas realizaciones de ese fenómeno. Ciertamente prefiero la entrega deleitosa de los amantes —el alma y Dios— que recoge la “Noche oscura”, a las páginas en que sor Sebastiana confiesa cómo ve al dueño de su alma hallar felicidad en el sufrimiento de ésta. Porque el esposo es, en la relación amorosa de sor Sebastiana y la Divinidad, alguien que goza con el dolor del otro. Ese sufrimiento es un pago que se cumple, acaso con tanta felicidad como la que se da entre los otros enamorados, pares gozosos. Pena física y emocional constituye el rostro del misticismo —llamémosle así— de esta monja. Sea novedad nuestra, otros lectores, no negar la enfermedad del alma como causada por solícito amante. Si el sufrimiento puede ser un don, acaso el amor sea también dominación y hasta castigo. En el ensayo de Sergio Fernández a que me refiero, él define el amor como la lucha y la violencia entre las contrarias mitades que lo conforman, en su ánimo de remontar el río o de bajar al mar. ♦

Beatriz Espejo: *En religiosos incendios*, Biblioteca de Letras, UNAM, México, 1995. 247 pp.